
ME HE SENTIDO DEVUELTO A LA INOCENCIA. . .

por Felipe Mejía

Me he sentido devuelto a la inocencia
de mil siglos,
sin más astro que el sol,
sin más acomodo que una piedra
que cata el ardor de mis rodillas,
la dureza del codo,
la blandura del glúteo y de los lomos.
Estuve oculto por intimidad,
llegado al lugar tras un cortejo
hecho a zancadas,
al alcance de atalayas propicias
para seguir el serpentin de lava descubierto
que cortaría mis pies
¡i no tuvieran algo de *capella*,
le celo en cabrón,
de prófugo y ansioso.

¡La piedra!
¿Qué otra muralla como aquella?
Negra, opaca, porosa
—negra de haber hervido,
opaca de sedimento
y porosa por filtro.
Piedra, capa terrosa.
Costra de duro corazón,
le ha dado apenas agua a las espinas,
a los sacates
y al engañoso tronco
que se parte con la presión de un dedo;
El Lloroso le ha robado por sed
y exhibe en la rama
la verdísima hoja de la estafa.
Y yo a su sombra,
a su falsa sombra
porque el sol quiere inundarnos completos
a tí y a mí
como en los días en que el Grupo se dispersaba
satisfecha el hambre
y se juntaba, caído el sol,
en torno a una hoguera,
indómita una noche y mustia a la siguiente.
¿No has sentido tú también
que vienes de la estepa,

que acabas de dejar la labor en la crecida
para venir conmigo?,
¿que nadie sabe de tu ausencia
porque —en cualquier lugar— tú “estás”?
¿No sientes tú también
que donde somos extraños es allá,
que esta meseta de volcán nos pertenece?

Me he sentido nómada.
He bajado de una sierra
a un valle.
Dejé la troncada y el musgo
con su embozo de niebla,
con sus arroyos vivos,
con los muertos.
Recuerdo que, al bajar,
nos atacaron los perros de monte
pero los asusté con un ¡ámonos!,
¿recuerdas?
Hemos tomado el valle,
hemos cogido un cenit del que orzamos el paso
y volvemos.
Vivimos en un valle ahora,
hemos escogido lugares para estar,
para devolvernos sin fuste ajeno el contento,
dime que la inocencia,
que la inocencia de mil siglos,
dime que la vida.
Alza la vista:
no hay otra cosa que escondites,
que huellas de criaturas nocturnas
y silencio porque mi carne es muda.
Alza la vista:
qué golpe de sol,
los troncos se han adelgazado
entre las piedras,
vestida su negrura de líquen.
Este lugar conserva la huella de la pasada vez,
nadie lo ha entrado
. . . y tan cerca del cenit como está.
Qué fácil se abandona el siglo,
qué pronto se cambia de El Hablar a El Hecho.